**Ofrecer a Dios lo que más le agrada **

**La liturgia eucarística** comienza con el **ofertorio**; y el ofertorio hace manifiesto nuestro compromiso. Llevamos pan, vino y dinero para sostener la obra de la Iglesia.

El sentido es éste: nos ofrecemos a nosotros mismos y todo lo que tenemos. Sabemos que el Señor puede tomar lo que es temporal y hacerlo eterno, lo que es humano y hacerlo divino. El Concilio Vaticano II habló con fuerza del ofrecimiento de los laicos: «todas sus obras, oraciones, tareas apostólicas, la vida conyugal y familiar, el trabajo diario, el descanso espiritual y corporal [...], todo ello se convierte en sacrificios espirituales agradables a Dios por Jesucristo, lo ofrecemos con toda piedad a Dios Padre en la celebración de la Eucaristía uniéndolos a la ofrenda del Cuerpo del Señor.

Todo lo que tenemos se pone sobre el altar, para hacerlo santo en Cristo. El sacerdote hace explícita esta conexión, cuando mezcla el agua y el vino en el cáliz: «*el agua unida al vino sea signo de nuestra participación en la vida divina de quien ha querido compartir nuestra condición humana*». Esta mezcla es un símbolo lleno de riqueza, que evoca la unión de la naturaleza divina de Cristo con la humana, la sangre y el agua que manaron de su costado en la cruz, y la unión de nuestros propios dones con el Don perfecto que el Salvador hace de Sí mismo.

Ahora que el sacerdote ha levantado los dones, nos invita a que «alcemos el corazón hacia el Señor». En palabras del Apocalipsis (Ap 1,10; 4,12), somos arrebatados en el espíritu... al cielo. De ahora en adelante miraremos la realidad con la fe y no con la vista.

Cantamos el cántico que, según atestiguan muchos relatos, cantan los ángeles y los santos ante el trono celestial (Ap 4,8; Is 6,23)

*La bendición de Dios es* *bien hacer.* Sólo podemos con el Don expresar nuestro agradecimiento*.* Reconocer los beneficios recibidos y agradecerlos, es una entrega libre de sí mismo.

En lo humilde se nos revela el Sublime, escogemos un Don que, en su pequeñez, es cifra de múltiples e inmensos dones.

**¿Por qué pan y vino?**

 El pan ha sido para muchos, alimento básico, significa el alimento elemental del hombre, mantiene nuestra vida día a día, deshaciéndose nos rehace y nos permite hacer, se transforma en energía vital, y humilde, es sencillo, no se da importancia.

Significa mucho ese trozo de pan y por eso te lo ofrecemos como don menudo y apretado, “lo recibimos de tu generosidad y ahora te lo presentamos”, que sirva como expresión concentrada de nuestra maravilla y gratitud. Te lo ofrecemos porque es nuestro, “fruto del trabajo del hombre”, abarca al hombre en su existencia cotidiana. Tú nos has dado la tierra; pero la tierra no daría pan sin el trabajo del hombre, que es nuestro. Nos has dado la fuerza para trabajar, la inteligencia para inventar, la prudencia para organizar, el cariño para justificar el esfuerzo. Es sencillo, pero es nuestro y con ello podemos expresarte nuestro agradecimiento.

El vino es esa propina que le echamos a la comida, representa lo inútil de la vida y que, sin embargo, da sentido a la vida, es la alegría. El vino, significa el amor y el sacrificio, no es valioso el sacrificio que no nace del amor. Nos entra por las venas como nuevo espíritu, como dinamismo que librera.

También la actividad silenciosa está presente en el vino, también es don de Dios y resulta un don nuestro.

Pan y vino es, Señor, lo que te ofrecemos. Tú los has escogido, sencillos y humildes, aunque cargados de sentido. Tú nos has enseñado a unirlos y traerlos a tu mesa. Nos los has dado con tu generosidad y ahora nosotros te los presentamos.

Nosotros lo invitamos a nuestra mesa y Él acepta la invitación, de tal modo que invierte los papeles y nos invita Él, transformando nuestro pan y nuestro vino. Dios toma el pan y lo convierte en el cuerpo glorificado de su Hijo, para que la vida gloriosa se nos comunique en figura de alimento. Jesús, que dio la vida por nosotros, quiere darnos su vida a nosotros, su vida nueva indestructible. Una forma bien sencilla e inteligible de comunicar vida: el alimento que ingerimos nos vivifica, nos vitaliza. Expresan de maravilla la colaboración de lo humano con lo divino

Cuando reconocemos y agradecemos que recibimos todo de Dios, lo trabajamos y lo ponemos en Sus manos, *Él bendice y transforma lo ordinario en extraordinario*.

Jesús se deshizo antes, triturado en la pasión y consumado en la muerte. Ya glorificado, no necesita deshacerse para comunicarse; simplemente toma la figura de alimento, de pan, instaura y fomenta una vida que vencerá a la muerte biológica. «El será para nosotros pan de vida»:

***Jn 6, 47-51****: Quien tiene fe posee vida eterna. Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto, pero murieron. Aquí está el pan que baja del cielo para comerlo y no morir.*

*Yo soy el pan vivo bajado del cielo: el que coma de este pan vivirá para siempre... El pan que voy a dar es mi carne, para que el mundo viva.*

Del mismo modo acepta el vino y lo transforma en la sangre glorificada de su Hijo, la que derramó en la pasión y ahora está viva. La sangre que es el sacrificio por amor; el desangrarse por amor y con gozo.

Cuando el hombre recibe el cuerpo y la sangre glorificados de Cristo, es Cristo quien se asimila a los hombres, uniéndolos a sí. Cristo se asimila a nosotros haciéndose humano; después nos asimila a sí haciéndonos cristianos. Al darnos a beber su sangre, nos hace consanguíneos suyos, establece una nueva circulación de la sangre en este cuerpo suyo que es la Iglesia.

Cada cristiano tiene que parecerse a Cristo, es decir, aprender a ser «más bueno que el pan», lo que tiene y ha recibido tiene que repartirlo y compartirlo: el espacio en la hospitalidad, el tiempo en el servicio, las cualidades en las funciones. Así será buen cristiano, pan compartido por la comunidad. Ha de aprender el sentido y valor del sacrificio como sello del amor y fuente de vida.

El celebrante ofrece en secreto, además del pan y del vino, lo que más le agrada a Dios: “Acepta, Señor, nuestro corazón contrito y nuestro espíritu humilde; que éste sea hoy nuestro sacrificio y que sea agradable en Tu presencia…” un corazón arrepentido, despojado de toda soberbia, abierto por completo a recibir lo que Él quiera darle. Quedan como ofrendas invisibles para nuestros ojos, pero no para los de Dios, todo lo que fuimos poniendo en Sus manos y Él lo acepta todo en Su corazón infinitamente amoroso de Padre. Tengamos presente que el centro de la Misa es el altar y el altar es Cristo.

**La colecta:** No es concebible celebrar a Aquel que es el Amor sin practicar el amor, es decir, la caridad que es el amor llevado a la práctica. En la colecta reconocemos y agradecemos que todo lo hemos recibido de Dios y queremos poner en Sus manos, para beneficio de los demás, una pequeña parte de lo que nos ha otorgado.

La Iglesia Católica es la institución mundial que más ayuda en el mundo. Que cuando hagamos una obra de caridad no sepa nuestra mano izquierda lo que hace la derecha

**Práctica semanal**: Durante el ofertorio, une a los dones que se presentan en el altar tu propia ofrenda espiritual, todo aquello en lo que reconoces la mano de Dios que te guía.